

narración de lo ocurrido en la asamblea de reyes verificada en Erfurt. Estaban los dos monarcas enteramente satisfechos uno de otro, y á la unión política que habían contribuido parecía deber agregarse algún día otro vínculo más grato que los ligase para siempre. Decidióse consagrar aún el día 13 á la intimidad, dejando la separación para el 14, y que estas últimas horas se invertirían en multiplicar las demostraciones de amistad y en colmar de agasajos y dádivas á los servidores de ambas cortes. Persuadido Alejandro de que Mr. de Tolstoy mantenía en París una actitud demasiado militar, accedió á reemplazarlo con el príncipe de Kourakín, cortesano obsequioso y anciano, incapaz de suscitar entre su soberano y Napoleón el menor motivo de disgusto y actualmente embajador en Viena. Pero convínose también en que para continuar más de cerca las negociaciones que habían de dirigirse á la Puerta, pasaría en persona Mr. de Romanzoff á París á recibir las contestaciones y á dictar las réplicas sin más dilación que el tiempo absolutamente preciso para ir de Londres á la capital de Francia. Redactó Napoleón en Erfurt de su propio puño la carta común para el rey de Inglaterra que debía ir firmada por los dos emperadores, y las notas que servían de fundamento para evitar toda morosidad.

Hallábase en Erfurt Mr. Tolstoy. Quiso Napoleón le presentase allí mismo el documento que acreditaba su revocación y hacerle demostraciones de favor que quitasen á esta medida toda apariencia de desgracia. Le regaló las porcelanas de Sevres y los tapices de la famosa fábrica de Gobelinos que habían adornado su habitación en Erfurt. Colmó de presentes y de condecoraciones á todos los que componían el cortejo de Alejandro. No se mostró el emperador ruso menos espléndido: dió el gran cordón de San Andrés á los principales personajes de la corte de Napoleón y distribuyó con profusión retratos, cajas de tabaco y alhajas.

El único personaje extraño á todas estas distinciones era el representante de Austria Mr. de Vincent. A pesar de los inauditos esfuerzos que hizo por descubrir el secreto de lo que había pasado en Erfurt, nada pudo averiguar. Sabía que habían mediado de una á otra parte toda clase de demostraciones, y que se habían consignado en un convenio formal las bases de una alianza; pero el verdadero secreto de las adquisiciones que mutuamente se habían otorgado y de las negociaciones que iban á entablarse, le era desconocido, y hasta se imaginaba mucho más de lo que realmente había. Concedióle Napoleón su audiencia de despedida renovando sus reconvencciones, y le repitió que el Austria quedaría siempre fuera de juego mientras hiciese demostraciones de querer echar mano de las armas. Dióle para su soberano esta carta, que contenía todo su pensamiento:

«Erfurt, 14 de octubre de 1808.

»Señor hermano mío: Doy gracias á V. M. I. por la carta que ha tenido la bondad de escribirme y que me ha entregado el señor barón de Vincent. Jamás he dudado de las rectas intenciones de V. M., pero tampoco he dejado de temer en algunos momentos ver renovadas entre nosotros las hostilidades. Hay en Viena una facción que afecta tener miedo sólo para impulsar á ese

gabinete á tomar medidas violentas, que serían origen de calamidades más deplorables aún que las que han precedido. En mi mano ha estado el desmembrar la monarquía de V. M., ó dejarla por lo menos reducida á la impotencia; pero no he querido hacerlo. Es lo que es, porque yo lo he consentido: prueba evidente de que nuestras cuentas están canceladas y de que nada quiero de ella. Estoy siempre pronto á garantizar la integridad de esa monarquía, no emprenderé jamás cosa alguna contra los principales intereses de esos Estados, pero tampoco es justo que V. M. vuelva á poner en tela de juicio lo que terminaron ya quince años de guerra. V. M. debe prohibir toda proclama y disposición que tienda á mover guerra. Indudablemente la hubiera producido el último levantamiento en masa si hubiese yo podido temer que tales preparativos estaban concertados con la Rusia. Por mi parte acabo de licenciar los campamentos de la Confederación. Envío cien mil hombres á Boloña para renovar mis proyectos contra la Inglaterra: absténgase V. M. de todo armamento que pueda inspirarme recelos y obligarme á una diversión de fuerzas de que aquella potencia pueda holgarse. Creí, cuando tuve el gusto de ver á V. M. para concluir el tratado de Presburgo, que nuestros asuntos quedarían zanjados para siempre y que podría yo consagrarme á la guerra marítima sin ser inquietado. Desconfíe V. M. de los que le ponderan peligros para su monarquía, le quitan la tranquilidad y alarman á la familia de V. M. y á su pueblo: ellos son los peligrosos, ellos solos concitan todos los peligros que aparentan temer. Con una conducta recta, franca y sencilla, V. M. hará dichoso á su pueblo, gozará de una felicidad que no puede menos de anhelar su corazón después de las pasadas turbulencias y vivirá seguro de tener en mí un hombre decidido á no tolerar jamás cosa alguna contraria á sus principales intereses. Para inspirar confianza es preciso que V. M. muestre tenerla en sus medidas. Hoy día la mejor política es la más sencilla y veraz. Confíeme V. M. sus temores cuando por desgracia lleguen á inspirarle alguno, que yo se los disiparé inmediatamente. Permítame V. M. aconsejarle, por último, que no haga aprecio de más juicio ni de más deseo que los suyos propios, como superiores que son á los de sus consejeros.

»Ruego á V. M. interprete mi carta en buen sentido y no vea en ella nada que no conduzca al bien y á la tranquilidad de la Europa y de V. M.»

A esta carta, tan altiva y cortés al mismo tiempo, añadió Napoleón una nueva y formal demanda de reconocimiento del rey José, como el medio más seguro de descubrir las verdaderas disposiciones del Austria y de comprometerla á seguir su sistema, ó de ponerla en un aprieto del que pudiera obligarla á salir con la paz ó con la guerra cuando le conviniera llevar las cosas á este trance.

Los soberanos que habían acudido á Erfurt se despidieron de los dos emperadores y fueron sucesivamente regresando á sus Estados. El 14 por la mañana Alejandro y Napoleón montaron á caballo, rodeados de un inmenso gentío que acudió de todas partes, en presencia de las tropas formadas, y salieron de Erfurt juntos conforme habían entrado. Juntos recorrieron parte del camino; apeáronse después entregando sus caballos á

sus picadores, pasearon un rato, volvieron á repetirse brevemente todo lo que tantas veces se habían dicho acerca de la utilidad, de la importancia y trascendencia de su alianza, de sus mutuas simpatías, de sus deseos y esperanzas de estrechar aún más sus vínculos, y después se abrazaron con visible emoción. Aunque hubiese en su amistad política, ambición é interés, no era todo cálculo en ella: ni los hombres más precisados á usar de disimulo son siempre tan falsos y desprovistos de sensibilidad como se lo imagina el vulgo suspicaz, que cree ser astuto y acertar pensando siempre mal de todo. Alejandro y Napoleón se separaron verdaderamente conmovidos, y se estrecharon la mano cordialmente, el uno desde su carruaje, el otro desde su caballo. Alejandro partió para Weimar y San Petersburgo y Napoleón para Erfurt y París. ¡No habían de volverse á ver ya nunca, y ni uno solo de sus proyectos había de realizarse!

De regreso á Erfurt despidió Napoleón á los príncipes y demás personajes que allí quedaban; tomó su carruaje pocas horas después, y dejó entregada al silencio y á la soledad aquella pequeña ciudad, cuya calma había momentáneamente interrumpido para llenarla de tumulto, brillo y movimiento, y volverla á dejar luego sumida en su pacífica obscuridad. Sin embargo la celebridad de Erfurt durará siempre, por haber sido teatro de aquella tan prodigiosa representación de las pompas humanas.

Salió de Erfurt Napoleón el 14 de octubre y llegó á Saint-Cloud el 18 por la mañana. En las vistas que acababa de tener con el emperador Alejandro había logrado su objeto, porque el Austria quedaba refrenada, al menos por el momento; había ganado tiempo para hacer en la península una campaña breve y decisiva; había substituído á las desfavorables impresiones producidas por los asuntos de España otras menos enojosas; el suceso de Bailén, que toda la Europa sabía perfectamente y que sólo la Francia sabía á medias, se había eclipsado con el acontecimiento de Erfurt, que ocupaba las lenguas de todos; últimamente, ya era posible que la Inglaterra, intimidada ante las fuerzas reunidas de Francia y Rusia, consintiese escuchar palabras de paz.

Así que llegó á Saint-Cloud, dispuso Napoleón continuar el proyecto de negociación con la Gran Bretaña. Mandó al comandante de las fuerzas navales en Boloña que embarcase del modo más ostensible á los dos mensajeros enviados de Erfurt y designados como correos del emperador de Rusia el uno y del emperador de los franceses el otro. El mensaje que para Mr. Canning llevaban, y que contenía una carta de los dos emperadores para el rey de Inglaterra, brindándole con la paz en términos decorosos pero formales, llevaba sobre exterior dirigido por SS. MM. el emperador de los franceses y el emperador de Rusia á S. M. el rey de la Gran Bretaña. Tenían encargo ambos correos de decir en todas partes, en Inglaterra principalmente, que llegaban de Erfurt, donde habían dejado á los dos emperadores juntos, y que habían encontrado en el camino numerosas tropas que se dirigían al campamento de Boloña. Proponíase con esto Napoleón que pesase sobre el gabinete de Londres la responsabilidad de desechar las proposiciones de paz, y herir la imagina-

ción de los ingleses con la posibilidad de una nueva expedición desde Boloña.

Pensaba permanecer en París los días que hubiera menester para llevar á cabo sus últimas órdenes, y dirigirse en seguida á España para mandar en persona las operaciones militares con la actividad y vigor que sabía desplegar en semejantes casos, y que más que nunca le convenía ahora emplear para quitar á la Inglaterra el recurso de la insurrección española y hacer cuanto antes disponibles sus ejércitos para el caso de renovarse las hostilidades con el Austria, lo que miraba siempre como posible en la próxima primavera. Alarmar á la Inglaterra y tranquilizar al Austria, para inspirar á la una la idea de la paz y quitar á la otra toda idea de hacer la guerra, fué el doble objeto que presidió á sus últimas disposiciones.

Distribuyó entonces de un modo enteramente nuevo las fuerzas que había dejado en Alemania: quitóles en primer lugar el nombre de *Grande ejército*, dándoles el más modesto de *ejército del Rhin*, y destinó su mando al mariscal Davout, que era el más á propósito entre todos sus mariscales para organizar y disciplinar un ejército. El cuerpo del mariscal Soult quedó disuelto, y este mariscal fué destinado á España. De las tres divisiones que componían su cuerpo, la de Saint-Hilaire quedó agregada al cuerpo del mariscal Davout, trocado en ejército del Rhin; las otras dos, de Carra Saint-Cyr y de Legrand, fueron enviadas á Francia con dirección aparente al campamento de Boloña, pero con suma lentitud, para que en caso de necesidad pudieran siempre regresar al Danubio superior. Las divisiones de Boudet y de Molitor recibieron orden de ponerse en marcha hacia Strasburgo y Lyon, como si hubieran de pasar á Italia; pero sin perder la posibilidad de regresar á Suabia y Baviera. El mariscal Davout con sus tres divisiones antiguas, de Morand, de Friand y de Gudin, la nueva división de Saint-Hilaire destacada del cuerpo del mariscal Soult, la soberbia división escogida de Oudinot, con todos los coraceros, una buena porción de caballería ligera y una excelente artillería, quedó ocupando la izquierda del Elba, con la caballería acantonada en Hannover y Westfalia, y la infantería en las antiguas provincias franconas y sajonas de la Prusia. Iba á reunir cerca de sesenta mil infantes, doce mil coraceros, ocho mil húsares y cazadores, y diez mil artilleros é ingenieros: entre todos noventa mil combatientes, los mejores de todos los ejércitos franceses. Quedaban en las riberas del mar del Norte seis mil franceses y seis mil holandeses mandados por el príncipe de Ponte-Corvo. Las cuatro divisiones que regresaban á Francia podían con un movimiento por la izquierda ir á reforzar con cerca de cuarenta mil hombres las tropas destinadas á la Alemania. Mediante la organización que añadía un quinto batallón á todos los regimientos y hacía entrar el cuarto en el cuerpo, empleando la nueva concipción, debían ascender estas fuerzas hasta cerca de ciento ochenta mil hombres.

Merced á esta inmensa organización, todos los regimientos de Italia, que tenían cuatro batallones en sus cuerpos respectivos, iban á formar un total de cien mil hombres, ochenta mil de infantería, doce mil de caballería, y lo restante de artillería é ingenieros. Mandó Napoleón aprovechar los últimos días de octubre para

poner en camino á los reclutas antes del invierno. Quería que todo en Italia estuviere dispuesto para el mes de marzo. El ejército de Dalmacia, que había llevado siempre el nombre de segundo cuerpo del grande ejército desde que había sido destacado después de la batalla de Austerlitz para ocupar bajo las órdenes del mariscal Marmont esta provincia, se designó primer cuerpo del ejército de Italia, reuniendo de este modo ciento veinte mil hombres.

Así logró Napoleón tranquilizar al Austria con la distribución y dirección de sus fuerzas y estar prevenido contra sus maquinaciones. Por otra parte, para alarmar á la Inglaterra, dió toda la importancia posible al movimiento de las dos divisiones de Carra Saint-Cyr y de Legrand hacia el campamento de Boloña.

Dictó Napoleón órdenes al mismo tiempo para la composición del ejército de España. Le distribuyó en ocho cuerpos, cuyo mando supremo se reservaba tomar personalmente, siendo su mayor general el príncipe Berthier, según costumbre. El primer cuerpo del grande ejército, llevado de Berlín á Bayona hacia fin de octubre, conservó bajo el mariscal Víctor el nombre de primer cuerpo del ejército de España. El cuerpo de Bessieres vino á ser el segundo, y se destinó al mariscal Soult; el del mariscal Moncey resultó el tercero del ejército de España; la división de Sebastiani, reunida á los polacos y alemanes bajo el mariscal Lefebvre, se denominó cuarto cuerpo. El quinto cuerpo del grande ejército bajo el mariscal Mortier, encaminado por orden dictada en Erfurt del Rhin al Pirineo, conservó su numeración y se llamó quinto cuerpo del ejército de España. También la conservó con el nombre de sexto cuerpo del ejército de España el sexto cuerpo antiguo del grande ejército, recientemente llegado de Alemania y compuesto como en un principio de las divisiones de Marchand y Bissón, bajo el mando del mariscal Ney. Formóse para él con algunos de los regimientos veteranos trasladados de la península, y bajo el general Dessoles, una tercera y arrogante división destinada á hacerle más numeroso que nunca. El séptimo cuerpo del ejército de España se compuso, bajo el mando del general Gouvion Saint-Cyr, de las tropas del general Duhesme encerradas en Barcelona, la columna de Reille que había quedado sobre Figueras, y las divisiones de Pino y Sohuán trasladadas del Piamonte al Rosellón. Formó el octavo cuerpo Junot con las tropas que habían regresado del Portugal por mar, armadas de nuevo, completadas ya y provistas de caballos para la artillería y los jinetes. Dióse el mando de la reserva de la caballería, compuesta de catorce mil dragones y dos mil cazadores, al mariscal Bessieres. El general Wálther tomó el de la guardia imperial, que reunía diez mil hombres. Formaban todas estas tropas un conjunto de ciento cincuenta mil veteranos, que reunidos á los cien mil que estaban allende los Pirineos, componían el enorme total de doscientos cincuenta mil combatientes. Todos estos esfuerzos tenía que hacer Napoleón por haber en un principio querido invadir la España con un ejército escaso y poco aguerrido.

De este refuerzo de ciento cincuenta mil hombres, había por lo menos cien mil que saliendo de Alemania é Italia á fines de agosto, habían llegado al Pirineo á fines de octubre, y eran los cuerpos primero, cuarto,

sexto y séptimo, la guardia y los dragones. El quinto, que mandaba el mariscal Mortier y que se había puesto en camino después que los otros, y el octavo mandado por Junot y recientemente desembarcado por los ingleses en la Rochela, iban aún marchando.

José, como ya hemos visto, no había cesado de idear y ejecutar falsos movimientos por su derecha y por su izquierda, sin obtener más resultado de esta parodia de las maniobras del emperador, que cansar inútilmente sus tropas y quitarles toda confianza en la autoridad que las mandaba. Como corona de aquella triste campaña de otoño en el Ebro, había proyectado, ó habían proyectado por él, un movimiento ofensivo sobre Madrid, abandonando á la ventura las comunicaciones del ejército con la Francia y dejando á Napoleón el cuidado de restablecerlas ayudado por los ciento cincuenta mil hombres que de Alemania é Italia conducía. Compadecido Napoleón de tan descabellado pensamiento, le escribió sobre el arte del cual era el más aventajado maestro las cartas más preciosas é instructivas, diciéndole que permaneciese quieto en Vitoria, que no intentase operación alguna, que dejase á los insurgentes de la derecha, que mandaba el general Blake, adelantarse hasta Bilbao y á los de la izquierda, que regían los generales Palafox y Castaños, avanzar hasta Sangüesa, y aún más todavía, puesto que llegando él en breve al centro, hacia Vitoria, con una masa de fuerza irresistible, podría caer sobre ellos, acometerlos de revés, anadarlos y acabar, como solía decirse, la guerra de un solo golpe. El mayor general Berthier partió el primero á Bayona para organizar el estado mayor, poner cada cuerpo en su lugar, y hacer que al llegar Napoleón no tuviese más que dictar las órdenes para emprender el movimiento. Después de abrir las sesiones del cuerpo legislativo con muy poco aparato, de confiar á Mr. de Talleyrand el cargo de recibir á los individuos de las dos asambleas, de verlos, de hablar con ellos á menudo y de dirigirlos por la vía pacífica y laboriosa que á la sazón seguían; después de dejar á Romanzoff y Champagny el cuidado de conducir la gran negociación entablada con la Inglaterra, salió Napoleón de París el 29 de octubre con dirección á Bayona. Sus parientes y todos los que se interesaban por su preciosa existencia, concibieron temores al verle partir para exponerse á los peligros de aquel país de gente fanática en que el general Gobert había sido asesinado de un balazo disparado al acecho; pero él, sereno y tranquilo, despreciando aquel balazo traidor lo mismo que las balas de cañón, que llovían en el campamento de Eylau, salió lleno de confianza y halagado con la esperanza de escarmentar á los ingleses con un desastre vergonzoso.

Antes de partir dictó sus órdenes á la marina. Preciso á renunciar á los vastos proyectos marítimos que había concebido cuando se imaginaba poder dominar la España sin dificultad y hacerla cooperar á sus gigantes empresas, se limitó nuevamente á organizar simples cruceros. Había ya enviado muchas fragatas con encargo de situar soldados y víveres en las colonias, trayendo á su regreso azúcares y café por cuenta del comercio, ejerciendo de paso el corso. Mandó además organizar dos poderosos cruceros, uno bajo el contraalmirante Lhermite, que debía zarpar en Rochefort con tres navíos y varias fragatas, y otro bajo el capitán Trou-

de, zarpando también con tres navíos y varias fragatas en Lorient: los dos destinados á tocar en la Guadalupe y en la Martinica, á desembarcar en ellas tropas y víveres, á traer de regreso géneros coloniales y volver luego á Tolón. Mandó por último á su escuadra de Flesinga que saliese á la primera ocasión favorable y emprendiese hacia el canal de la Mancha ó un movimiento en torno de las islas Británicas hacia el Mediterráneo. Persistía en su intención de poner por obra antes de que terminase la paz una grande empresa contra la Sicilia para agregarla al reino de Nápoles. Acababa Murat de apoderarse de la isla de Capri, y no perdía Napoleón la esperanza de ver el reino de las dos Sicilias completamente reorganizado bajo este príncipe belicoso, auxiliándole la marina francesa.

Mientras viajaba hacia España debían continuar las negociaciones, según dejamos dicho, conducidas en su ausencia por Champagny y Romanzoff con arreglo á los consejos de Mr. de Talleyrand. Los correos despachados en Erfurt y embarcados en Boloña tuvieron entorpecimientos para penetrar en Inglaterra, porque todos los cruceros de la marina británica habían recibido las órdenes más severas para no dejar pasar ningún buque parlamentario, pero un oficial de marina muy astuto que mandaba el bergantín á cuyo bordo iban, atravesó la línea de los cruceros ingleses sin ser visto y desembarcó en las Dunas. Al principio opusieron dificultades á la admisión de los dos correos, después enviaron el ruso á Londres, deteniendo al francés; por último, una orden expresa de Mr. Canning permitió á éste ir también á Londres. Los dos fueron recibidos con muchos miramientos, si bien puestos bajo la vigilancia de un correo inglés, el cual no los abandonó un solo instante; y á las cuarenta y ocho horas fueron despachados con una mera carta de recepción para Champagny y Romanzoff, en que se anunciaba que se contestaría al mensaje de los dos emperadores.

Este recibimiento tan suspicaz, acompañado de tantas precauciones, no revelaba por cierto gran deseo de entablar comunicaciones con el continente. En efecto, los ánimos no estaban á la sazón predispuestos en favor de la paz al otro lado del estrecho. Aunque la nación inglesa en general propendía siempre á aceptar todas las proposiciones de paz hechas á su gobierno, y censuraba con gusto la obstinación del gabinete en continuar la guerra, ahora sin embargo demostraba muy contrarias inclinaciones. Esto consistía en diversas causas: en primer lugar, si bien después de la paz de Tilsit la había aterrado lo mismo que en 1801 la idea de hallarse en guerra con todo el continente, y principalmente con la Rusia, se había tranquilizado en breve viendo que las consecuencias de esta guerra general no eran en realidad demasiado graves. No tenía que habérselas con ningún enemigo más, y siendo siempre dueño del Océano podía burlarse de los esfuerzos de todos sus adversarios. Envanecebase viendo su impotencia, y que ella tenía enteramente libres sus movimientos no necesitando contentar á nadie, y crefese en posición de poder intentar nuevas empresas encaminándolas únicamente á su provecho. Si el continente en verdad parecía estarle cerrado de uno á otro extremo, no lo estaba tanto que le fuera absolutamente imposible seguir introduciendo, así por el Norte como por el Mediodía, y sobre

todo por Trieste, muchas mercaderías. Los últimos acontecimientos de España le prometían además inmensas ventajas comerciales, abriéndose los puertos de la península y asegurándole el beneficio exclusivo de las colonias españolas, todas ya levantadas contra la soberanía de José. Abriase en ellas de golpe un inmenso mercado para la Inglaterra, la cual podía, según le conviniese, apoderarse de las ricas colonias de España ó impelerlas á la independencia, tomando con esto el más soberbio desquite de la insurrección de los Estados Unidos; de modo que en último resultado, Napoleón, después de la guerra de España, con obligar á la Rusia á declarar-se contra la Inglaterra no había en realidad suscitado contra ésta ningún enemigo nuevo, y cerrándole malamente los puertos del Norte, le había abierto los del Mediodía y todos los de la América del Sur. Además la insurrección española acababa de hacer surgir en el continente mismo un aliado para la Inglaterra, el único que desde el año 1802 había conseguido victorias sobre las tropas francesas. No hay pueblo que con más facilidad se entusiasme por cualquiera cosa que el sedoso pueblo de la Gran Bretaña; éste estaba á la sazón prendado de los insurgentes españoles, como le hemos visto prendarse en nuestros tiempos de los sediciosos de todos los países: admiraba su generosa abnegación, su ardimiento incomparable, y mirando sólo en la victoria de Bailén el resultado material, sin hacerse cargo de sus causas, los declaraba ya iguales por lo menos á los franceses. El Austria, aunque aparentemente había roto sus relaciones con el gobierno británico, le daba sigilosamente muestras de aprobación, proseguía sus armamentos sin descanso y estaba muy propensa á renovar la guerra contra la Francia. Renacían, pues, por todas partes las esperanzas de una nueva lucha, quizás afortunada en sentir de los ingleses; y no era aquél el momento oportuno de pensar en una paz cuya primera condición sería exigir de ellos que dejasen definitivamente sometida á Napoleón la España, que era la segunda entre las potencias marítimas del continente. Por último, ocurrió un accidente que puso en fermentación los ánimos de todos: el convenio de Cintra fué mirado como una debilidad indigna de parte de los generales ingleses. El pueblo de la Gran Bretaña, comparando este convenio con el de Bailén, envidioso de que no se hubiesen obtenido de los franceses ventajas tan completas como las que habían logrado los españoles, empeñado en creer que el general Junot después de la jornada de Vimeiro se había visto tan apurado por lo menos como el general Dupont de resultas de la batalla de Bailén, estaba indignado de que se hubiesen concedido al ejército del general Junot condiciones cien veces más ventajosas que al ejército de Dupont y no podía perdonar que se le hubiese privado del placer incomparable de ver desfilar por la orilla del Támesis un ejército francés prisionero.

Con este motivo creció la exasperación contra el ministerio hasta rayar en demencia, y se exigió que se nombrase un consejo supremo de guerra para juzgar á los generales ingleses vencedores. El mismo Arturo Wellesley estaba comprometido en esta causa con sir Hew Dalrymple, sin embargo que se hacían elogios de sus operaciones militares. No era, en verdad, el momento más oportuno para hacer proposiciones de paz el de ha-

llarse la opinión pública condenando las extremadas atenciones dispensadas á los franceses, en vez de censurar como otras veces el encarnizamiento que contra ellos se tenía. Imitador exagerado de la política de Mr. Pitt, hubiera tenido el ministerio Canning Castle-reagh verse acusado con más acrimonia todavía si en semejantes circunstancias hubiese escuchado proposiciones pacíficas; así que, ya por una causa, ya por otra, iban sucesivamente frustrándose todas las ocasiones de reconciliación con la Gran Bretaña; la de 1806, en tiempo de lord Lauderdale, porque la Francia quería proseguir y terminar la conquista del continente; la de 1807, después del abrazo de Tilsit, y la 1808 después de las vistas de Erfurt, porque la Inglaterra quería proseguir y acabar la conquista de los mares. Sin embargo, aunque la Inglaterra estuviese en la actualidad poco dispuesta á tratar, el gabinete británico no podía negarse de una manera perentoria á la faz de Europa y de su nación á oír invitaciones pacíficas; por lo cual el 28 de octubre, es decir, á los pocos días de despachar los correos de los dos emperadores, contestó á Champagny y á Romanzoff por medio de un mensaje que llevó un correo inglés á París.

Decíase en este mensaje que aunque la Inglaterra hubiese recibido frecuentes proposiciones pacíficas, que con sobrado fundamento podía creerse poco formales, jamás se negaría á dar oídos á proposiciones de esta especie siempre que fueran para ella honrosas. Renunciando esta vez á la práctica de argumentar sobre la base del *uti possidetis*, que era la de las negociaciones, la cual daba poco motivo á la crítica por ser la que el gobierno británico había establecido en todas las épocas anteriores, el mensaje cifraba el honor y el deber de la Inglaterra en exigir que fueran comprendidos en la negociación todos sus aliados, incluso los sublevados españoles, á pesar de que no había el menor convenio formal que hiciese su suerte común con la de la Inglaterra. A falta de semejante vínculo se hacía valer un interés común, un sentimiento de generosidad y numerosas relaciones ya contraídas que no permitían se les abandonase. Con esta condición se decía Mr. Canning dispuesto á nombrar plenipotenciarios y á mandarlos donde se quisiera.

Bien conocía el gabinete británico que con sólo exigir la admisión de los insurgentes españoles en las conferencias que hubieran de abrirse para tratar la paz, había de frustrarse toda negociación; porque entre los reyes José y Fernando VII no había transacción posible. Todo ó nada, Madrid ó Valencey, eran lo que pedían uno y otro.

Cuando Romanzoff y Champagny recibieron esta respuesta, acompañada de disculpas para el primero por no haber contestado directamente á los mismos soberanos y sí sólo á sus ministros, por no estar uno de los dos emperadores reconocido por la Inglaterra, no supieron qué partido tomar. Cargar con la responsabilidad de explicarse afirmativa ó negativamente acerca de la condición esencial, que era la admisión de los insurgentes, les parecía cosa muy arriesgada aun autorizándose con el consejo de Mr. de Talleyrand. Decidióse que se consultaría con Napoleón, y entretanto se siguió el ejemplo dado por Mr. Canning acusándole simplemente el recibo y diciéndole que ya se contestaría á su mensaje.

Mr. de Romanzoff, tan acucioso al principio por conducir á término las negociaciones en Londres para poderse apropiarse más pronto las provincias del Danubio, ahora que se veía en París públicamente comprometido en una tentativa de pacificación con la Inglaterra, consideraba interesado su amor propio en hacer que no abortase, aunque por el convenio de Erfurt se hubiese terminantemente estipulado la cesión de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia á la Rusia cualquiera que fuese el resultado. Juzgó, pues, de conformidad con Talleyrand y Champagny, que á pesar de que el mensaje inglés reclamaba la presencia de todos los aliados de la Inglaterra en la negociación, incluso los sublevados españoles, no ofrecía sin embargo en su forma nada tan absoluto que excluyese toda posibilidad de entenderse; y en este supuesto escribieron los tres al emperador suplicándole les diese una respuesta que permitiese la continuación de los mensajes hasta conseguir la reunión de los plenipotenciarios.

Napoleón se hallaba á la sazón en el Ebro entregado completamente á la guerra y á la esperanza de derrotar á españoles é ingleses juntos, y cediendo á estas nuevas impresiones, no daba ya á las negociaciones con la Inglaterra la misma importancia que al principio. El mensaje de Mr. Canning le había quitado todas las ilusiones y no creía poder vencer la obstinación del gabinete de Londres de otro modo que causando al ejército británico un gran desastre. No le dolía ya tanto el abandonar al cuidado ajeno la conducción de aquel negocio, y así permitió á los tres diplomáticos reunidos en París que contestasen como mejor les pareciese, con tal de que los sublevados quedaran formalmente excluidos de la negociación. Envióles un borrador de contestación, autorizándoles á variarlo como quisiesen, y ellos en efecto moderaron sus expresiones notablemente.

Este nuevo mensaje, llevado á Londres por los mismos correos que el primero, rectificaba algunas alusiones depresivas del mensaje inglés, y admitía sin dificultad en la negociación á todos los aliados de la Inglaterra, exceptuados los insurgentes españoles, calificados de súbditos rebeldes que no podían representar la persona de Fernando VII, puesto que éste se hallaba en Valencey, desde donde los repudiaba y confirmaba la abdicación de la corona de España.

Al recibir esta segunda nota, temeroso el gabinete británico de desanimar á sus nuevos aliados de España y Austria con rumores de paz, de resfriar el fanatismo de los unos y de hacer retrasar los preparativos militares de los otros, resolvió romper bruscamente una negociación que no le parecía útil ni formal. Era dueño de documentos que probaban que la Francia no quería hacer concesiones á los sublevados españoles, que gozaban en Inglaterra de una popularidad inmensa, y planteada así la cuestión, nada tenía que temer del parlamento. Hizo por lo tanto una declaración perentoria, ofensiva para la Rusia y la Francia, reducida á decir que no era posible tener paz con dos cortes de las cuales la una destronaba y tenía prisioneros á los reyes más legítimos, y la otra permitía que fuesen tratados indignamente por motivos de interés; que por lo demás las proposiciones de paz hechas á la Inglaterra eran ilusorias, imaginadas sólo para desalentar á las naciones generosas que habían ya sacudido el yugo opresor de la Francia y á las que se

disponían á seguir su ejemplo; que así, pues, las comunicaciones debían ser consideradas como definitivamente cortadas, y la guerra en pie con toda la energía que requerían las circunstancias.

Era evidente que la Inglaterra, confiada ahora en la próxima renovación de las lides, temía resfriar el ardimiento entusiasta de los españoles y austriacos prosiguiendo aquellas negociaciones. Pesóle de ello á Mr. de Talleyrand, el cual demostraba un sentimiento que le hacía honor cada vez que se frustraba alguna tentativa de paz. Mr. de Romanzoff se resintió de las alusiones ofensivas hechas á su corte, se dolió de ver fallidas sus esperanzas, mas le consoló la libertad que adquiriría para obrar acto continuo en Oriente. Mr. de Champagny, devoto del emperador, de sus ideas y de su fortuna, sólo miró esta repulsa como una ocasión propicia para que su soberano, á quien creía invencible, emprendiese nuevas guerras y triunfos. El público, noticioso apenas de lo que pasaba, se curó poco de ello: sólo esperaba para un resultado decisivo la presencia de Napoleón en España.

Mientras así contestaba la Inglaterra, el Austria venía á responder casi lo mismo á las declaraciones de

Rusia y Francia. Protestando su deseo de conservar la paz, y moderando en efecto la antigua jactancia de sus preparativos sin cesar de hacerlos, recibió con acrimonia la proposición común de reconocer al rey José, y declaró que sólo se explicaría acerca de la nueva dinastía constituida en España cuando se le manifestase lo que se había tratado en Erfurt, añadiendo que el conocimiento de lo ocurrido entre los dos emperadores le era indispensable para esclarecer y fijar sus resoluciones. Esta declaración revelaba así en su forma como en su esencia la exasperación profunda del Austria. Era indudable que Napoleón podía hacer en la península una campaña, aunque solamente una: su genio y la clase de sus tropas hacían esperar que fuese decisiva. El público, acostumbrado á la guerra y hecho bajo aquel omnipotente soberano á dormirse al estampido del cañón, cuyos lejanos ecos sólo le presagiaban victorias, permanecía tranquilo y confiado, á pesar de los visos lúgubres y hasta siniestros que presentaba la guerra comenzada allende el Pirineo contra el fanatismo de toda una nación. El espectáculo fascinador de las vistas de Erfurt deslumbraba todavía los ojos y ocultaba los peligros hartos positivos de aquella situación.